

**CARMEN M. CÁCERES**

**UNA VERDAD  
IMPROVISADA**

**PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA**



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*Primera edición: octubre de 2016*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez  
Imagen de la cubierta: *Una verdad improvisada*, ©Carmen M. Cáceres, *collage* a mano en papel

© Carmen M. Cáceres, 2016

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2016

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-945788-6-1 • DEPÓSITO LEGAL: V-2404-2016

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

*Anatole France dijo alguna vez  
que la alegría de los que piensan se llama fortaleza de espíritu.  
Quería decirte que esa frase me hace acordar a vos, Andrés,  
pero decidí que mejor te la dejaba escrita en esta dedicatoria.*



“... millones de adultos  
disfrazados de boy-scouts y con armas de fuego  
destruyendo al mismo tiempo millones de vidrios.”

NÉSTOR SÁNCHEZ



ME gusta creer que empezamos a vivir juntos con la delicadeza de no ser del todo conscientes. Es un departamento con aire, decía Bruno porque yo llevaba viviendo en Caballito menos tiempo que él en la Paternal. El living era un rectángulo de tres paredes lisas de argamasa y un ventanal al balcón, una terraza angosta a tres pisos de altura con un sillón de caña y un tendedero de aluminio que, invariablemente, amanecía todas las mañanas en el piso. Antes de que se mudara Bruno salía a fumar al balcón y me gustaba pensar que conocía los árboles del pulmón de manzana, que contemplarlos era entrar en una especie de trance doméstico –humilde, privado– pero no era así; cuando se vive sola la verdad se revela más cerca del vértigo que de la melancolía. Lo cierto es que apenas registraba los cambios evidentes –las hojas amarillas, la multiplicación de los brotes–, los árboles me interesaban más por su movimiento que por su tipo, y cuando finalmente Bruno se instaló, llenó el balcón de geranios y aquellos árboles volvieron a tener esa existencia secundaria y pasiva que tienen siempre los árboles urbanos.

En lo que se refiere a las formas, no confiábamos en la voluntad. Los dos habíamos convivido con otras parejas antes con éxito relativo –ése el misterio, el auténtico misterio– y habíamos aprendido que la voluntad podía ser causa de un gesto imperdonable: la insistencia. Por eso preferimos no agotarnos *antes* de tomar las decisiones. A mí me alcanzó con descubrir una mañana a un hombre alsaciano afeitán-

dose meticulosamente en mi baño. La espalda acanalada de Bruno, el movimiento lento mientras arrastraba la línea jamás inconsistente de una hoja de afeitar.

Hay una ingenuidad que no vuelve, dijo Bruno un día, o lo dije yo, da lo mismo, estábamos de acuerdo.

No se puede subestimar el efecto de las estaciones en este tipo de movimientos frágiles, tan de harina y agua. Bruno trajo definitivamente la valija grande, el bolso de tela y los libros de fotografía cuando el invierno estaba terminando, pero yo aún no había apagado del todo las estufas porque la eventualidad de un resfriado insistía. La casa se fue llenando en los estantes y cajones, fue ganando peso, fue perdiendo agilidad. Entre semana nos despertaba el torno odontológico de la obra de al lado, habían derribado una casa vacía y plantaban las primeras vigas en la excavación. Las voces de los obreros eran nuestro rumor de fondo, porque así se siguen levantando edificios, con hombres. Los sábados cuando abríamos las ventanas para ventilar el cuarto nos invadía la humareda del asado en la obra –y en la boca, temprano, el gusto salado de la premonición caníbal.

Bruno tenía treinta y siete, yo treinta y dos. Compartíamos una lucidez intermedia, a veces reflexiva, casi siempre impaciente. Comenzábamos a sentir nuestros cuerpos un poco desvinculados pero reaccionábamos con movimientos cortos y nerviosos, movimientos de vendedores ambulantes, de pájaros. Éramos enérgicos en las críticas y, aunque lo negáramos, todavía nos preocupaba *hacer bien*. Nos vestíamos cómodos pero jamás faltaba algún elemento que alterara el conjunto (el detalle de la remera deforme en el cuello, el pantalón lavado que no recuerda su color) como si no quisiéramos ser del todo de una sola manera o como si ya no pudiéramos admitir, en ningún terreno, cualidades absolutas.



Hay un tipo de memoria que no recuerda las imágenes, sino cierto ritmo de fondo, como una resistencia en el aire.

Yo recuerdo que al principio nos dejábamos intoxicar por el otro con una alegría cauta pero de barrio, de desafío común. Y de entre todas las posibilidades, donde más rápido nos conquistamos fue en la música. Ninguno era original en las propuestas, jamás sacábamos de la galera grupos nuevos o músicos de culto con esa fascinación por lo recién descubierto que tenían nuestros amigos. Si yo ponía algo de Nico, Bruno me respondía con el viejo punk nacional. Si yo dejaba una cumbia de los noventa, Bruno daba lugar a Chavela o la banda de *Milagro en Milán*. Para mí no había dudas, la música se apreciaba mejor en movimiento, en el colectivo o en el auto. Para él, de fondo mientras hacía otra cosa —algo con las manos: cocinar, jugar con el gato—. A fuerza de repetición aprendí el orden de las canciones en su lista de favoritos y llegué a gritarlas con emoción porque lo cierto es que lo buscaba ahí, buscaba a Bruno en su música. En toda su música excepto en la ópera, porque hay personas que no entendemos la ópera —y no entender la ópera, aquí, es sinónimo de odiarla—. La solemnidad de la tafeta, los dilemas morales recitados, el virtuosismo de la aglomeración... Claramente no sabíamos mucho de música clásica y como todos los que no entienden mucho terminamos acordando un punto medio, Beethoven: era sencillo vernos en su pedagogía sentimental.

En ese ritmo de fondo también estaban las voces de los amigos en casa. Nos gustaba recibir gente sin aviso, nos gustaba perdernos el rastro, entregarnos a las gestiones típicas del anfitrión para volver a ser las personas autónomas y fanáticas que nuestros amigos conocían tan bien. Cuando todos se iban nos dedicábamos a terminar de a poco las botellas de vino o fernet y estoy segura de que en ese punto los res-

tos fríos sobre la mesa y las piedras sucias del gato nos parecían una especie de saldo noble, de saldo de vida cuando es real.

En esos primeros meses con Bruno, también el sexo era una manifestación del ritmo. El sexo mío envolviendo el sexo suyo, *nuestro* sexo a veces amarillo y lleno de dientes, otras veces sin temperatura y apenas real, apenas una textura allá, en los extremos. Otras veces el sexo estrecho y confuso, el amor de los miércoles, la gimnasia del adiestramiento porno en tecnicolor. En el desinterés que sobrevenía al sexo cada uno recuperaba una autonomía estática y voluminosa que se parecía mucho al silencio duro que sale de los parlantes en instante mismo en que termina una canción. Entonces me acordaba de los dibujos de Schiele que había visto de pequeña en la habitación de mis padres, reproducciones enmarcadas en varillitas prolijas y cursis. Recordaba que la sorpresa no estaba en la carne sino en las manos y su ingeniería de huesos presentes, de huesos, manos de ser vivo, algo que entonces no conocía pero que por algún motivo relacionaba con la búsqueda, con el sexo y la búsqueda.

Dicen que se puede calcular la importancia de una relación por la soledad que la precede. En este punto, el pasado de Bruno y el mío iban adheridos al fondo de la cabeza, casi contra la pared. El pasado era una funda que contenía no una verdad sino sutiles versiones del otro que debíamos sospechar y luego, claro, aprender a domesticar. Nos hacíamos preguntas pero con la brusquedad torpe que no se decide entre la sospecha y el humor. Por ejemplo, al salir de un café un sábado a la mañana:

¿Alguna vez estuviste en un trío?

No... no.

¿Dudaste?

Queríamos ser honestos pero éramos rústicos. Y en mi espontaneidad –tan biempensante– terminaba valorando sus experiencias como se valoran las bacterias que nos ayudan a desarrollar anticuerpos. El resto era producto de la imaginación y también ahí, al principio, buscábamos con miedo la expansión. Me parecía descubrir una seducción recia en la soledad treintañera y cargada de Bruno, por ejemplo en la fascinación que suponía por aquélla negra con la que se había acostado un verano en Brasil. La atracción de su cuerpo no estaba en los hitos sino en la seducción del movimiento –porque el historial de un cuerpo jamás se revela en las cicatrices sino en los modos de la expresión, en el carácter al caminar, al saludar a un amigo o al servirse un poco más de ensalada en el plato.

Dentro de aquella nube atmosférica de relatos y omisiones enmarcaba su historia con Ana, la mujer con la que había estado en pareja varios años antes. Habían comprado una casa juntos y ese dato era para mí trascendental. Habían hecho una gran reforma antes de mudarse, ella lo había cuidado durante una enfermedad en las cuerdas vocales que lo había dejado mudo durante mucho tiempo y después se habían separado sin peleas, sin siquiera abandonar del todo la presencia del otro en sus vidas. No había contradicciones o zonas grises cuando se refería a Ana: ella había sido su mujer y aunque ese tipo de amor se hubiera acabado, la necesidad del otro *no*. Seguían siendo compañeros, sostenían esa extraña amistad que dejan los amores feligreses. Y a pesar de que Ana seguía formando parte del mapa social de Bruno, los amigos en común querían ser generosos conmigo y me decían *hace años que no veía a Bruno tan bien* y yo necesitaba preguntar *cuántos* años exactamente y *cuán* bien. Era evidente que hacían el esfuerzo de omitirla pero la lentitud y la tensión de las voces cuando contaban una anécdota ocu-

rrida durante aquellos años los delataban. *¿Te acordás del cumpleaños de Rafa en el campo... el de la fogata?*, le preguntaban a Bruno delante de mí y yo debía rellenar la información con la presencia generosa y bien dispuesta de Ana. Pero la dejaba pasar –una ola oceánica se descarga. Después de todo, no éramos nuevos y aun así intentábamos la alegría.